

In Memoriam
José Estébanez Alvarez
(1941-1997)

Rafael PUYOL ANTOLÍN

No puedo hablar de Pepe Estébanez desde otra perspectiva que no sea la de la amistad y al mismo tiempo la del reconocimiento.

La amistad, escribí en una breve semblanza que de él me pidieron, se nutre de afinidades y de sublimación de las desavenencias. Se intensifica con el contacto personal de muchos años. Con el trabajo en común. Con la coincidencia en planteamientos vitales. Con la afición por cosas semejantes. Con el respeto mutuo. Con la aceptación de los reproches justos. Con la ayuda otorgada, sin esperar contraprestaciones, ni exigir intereses.

Pepe ofreció su amistad forjada con esos ingredientes a muchas personas y tuvo la fortuna de tener muchos amigos porque daba grandes facilidades para ello.

Amigos que sufríamos su vehemencia; que admirábamos su exigencia en el trabajo; que temíamos la que a veces imponía al nuestro; que nos beneficiábamos de su comprensión, que participábamos de su carácter dialogante y conciliador; que nos reconfortábamos con su sentido del humor, inteligente y oportuno.

Fue un profesor entregado sin límites a su tarea y un investigador experimentado y capaz que dio a nuestra disciplina rigor y novedad. Atento siempre a las nuevas aportaciones que se producían fuera de nuestras fronteras, en Inglaterra y EE.UU., pero también en Méjico o Brasil, supo incorporarlas y aplicarlas en su propia indagación científica. En sus libros y artículos, pero también, cada día, en sus clases. Su sentido del deber le convirtió en protagonista de una infrecuente categoría de dedicación universitaria más allá de la exclusiva: la que podríamos denominar excesiva.

Pepe fue, ante todo, excesivo consigo mismo; fue un trabajador incansable para cuya tarea no había otros límites que la que a veces le lograba imponer el agotamiento de sus colaboradores o el sentido común de sus familiares más próximos.

Durante mucho tiempo, compartí con él largas horas de trabajo o de gestión. Su dedicación a la Universidad hizo que nunca eludiese las responsabili-

dades académicas y, tanto en su etapa de Vicedecano, como en la de Decano, fue considerado un gestor generoso, transparente y capaz.

En un tiempo en el que la acumulación de dinero o de poder parecen las únicas aspiraciones deseables, en el que la impostura adquiere una injustificable presencia y la banalidad carta de naturaleza, Pepe se movió siempre con otros ideales y con otras aspiraciones. Nunca actuó por intereses que no fueran los derivados de su propia exigencia académica, pero a través de su trabajo, constante y riguroso, alcanzó el reconocimiento y la excelencia. Y como los grandes maestros, pese a que la vida le escatimó los años que prometían ser más fecundos, fue capaz de crear escuela y formar discípulos que le reconocen como maestro y le recuerdan con admiración.

Fue un intelectual que traspasaba, sin dificultades y con recursos, los límites de su disciplina. Era lector exigente y crítico, aficionado a la música, al teatro o al cine y nunca le vi rechazar una copa de buen vino; que siempre era tinto.

Era benevolente con los débiles, pero implacable con los estúpidos. Por las buenas y a las claras se dejaba vender la Puerta de Alcalá. De los inconsecuentes o arteros decía que nunca les compraría un coche de segunda mano. Y así lo hizo en muchos casos.

Sus convicciones eran firmes, pero fue un hombre liberal en el sentido más valioso del término. Era lúcido, agudo e intuitivo. Su fino humor inglés contrastaba, sin embargo, con su impetuosidad gestual. No era precisamente un hombre tranquilo, pero no iba por la vida agrediendo a nadie.

Posiblemente tenía pequeños defectos, pero los había domesticado bien y disfrutaba, como todos, de algunos enemigos porque nadie que no posea enemigos puede tener amigos.

Amaba la naturaleza, pero era ante todo un geógrafo social. Siempre inquieto por la desigualdad y la injusticia.

Mi vida intelectual y personal estuvo siempre muy ligada a la suya. Escribimos juntos y viajamos juntos.

Pepe fue mi maestro, mi amigo y mi consejero. Y lo fue de muchas otras personas. Para nadie resultaba indiferente; tenía una personalidad demasiado fuerte para pasar desapercibido. Su vida no ha sido lo larga que sus amigos habríamos deseado. Pero fue fecunda, útil y ejemplar para nuestra ciencia, para la institución universitaria, para sus compañeros y discípulos y para su familia.